

UN CUENTO DE UNA EXTRAORDINARIA ESCRITORA NORTEAMERICANA

Arte en América

Rolaine Hochstein

Traducción Luis Eduardo Merino

Especial para la *Revista Universidad de Antioquia*

De París habían llegado cuatro cartas, sin contar la invitación impresa al *vernissage* en la galería de arte Benac y la participación de boda al estilo americano. En las cuatro la escritura semejava aves acuáticas: letras delgadas y extendidas hacia adelante con caprichosos bucles de las *elles* y las *kas* y caídas en picada de las *jotas* y las *ges*. Incluso el color de la tinta era cenagoso: nunca un azul o un negro sólidos sino matices de un violeta botánico o un gris, y en la última carta, una especie de verde húmedo. Las cartas —el contenido, no los caracteres— se extendían plenas de información a lo largo de cinco o seis páginas apretadas, pero eran poco frecuentes... tan sólo esas cuatro (y sí, es verdad, una postal con un Degas del Museo de Orsay) en casi cuatro años. La primera, con un tono llano, fue escrita durante el vuelo trasatlántico y puesta al correo en el noveno *arrondissement* de París. La segunda, más animada, fue escrita en un cuarto diminuto en un sexto piso sin ascensor de la calle Laffitte, cerca de la Opera Comique. Las dos últimas procedían de un apartamento un poco más imponente, no muy lejos de la Plaza des Vosges; una de ellas poco después de la boda de la remitente, la otra no mucho después de que su bebé aprendiera a caminar.

Las cartas en cuestión estaban dirigidas a una tía de Georgia, la tía Grace, hermana mayor de su madre, y por completo diferente. Grace había ido a la universidad y tenía

una que otra noción sobre arte. Cada vez que llegaba una de aquellas cartas, cuando menos las esperaba, las leía lenta y esperanzadamente, tratando de escuchar la voz de Georgia, imaginándose París.

*

Cuando Georgia dijo que quería irse a París, sus padres aceptaron de inmediato. En aquel barrio residencial de las afueras no había nada para ella. Las chicas que estaban atrapando a todos los hombres profesionales no tenían nada que ver con Georgia. “Es una joven hermosa, ¿verdad?”, les preguntaba Honey a sus clientes, como si necesitara confirmarlo. Georgia tenía su atractivo, eso lo sabía Honey. Era alta y tenía una figura bonita, pero no se ayudaba en lo más mínimo. Se encorvaba. Arrugaba el ceño como un bulldog. Nunca se ponía elegante. De todas maneras no sentía el menor respeto por el surtido local. “¡Son unos niñatos!”, decía con sorna. “Qué aburrimiento”.

*

En el frente de la pastelería, Honey acomodaba las hileras de galletas de mantequilla *Granjeras* sobre una pesada bandeja de aluminio recubierta con blondas de papel. No estaba preocupada, pues sabía bien que una buena cantidad de dinero se interponía entre Georgia y una vida solitaria. En la parte de atrás, mientras exprimía rosas rojas de una manga de pastelería sobre las blancas cubiertas glaseadas de unas tortas de cumpleaños, Pete le contaba las novedades a Greenenbaum, el vendedor de harina.

“¿París, Francia?”, Greenenbaum recordaba París de su época en el ejército. “¿Y eso por qué? ¿Acaso no hay arte en América?”

Honey, pasada de peso y desgastada por el exceso de trabajo, necesitaba sentarse con mayor frecuencia. Cuando encogía sus enormes hombros, su pecho se elevaba y junto con el pecho se elevaba de arriba a abajo su uniforme rosado, dejando al descubierto las arrugas de sus medias elásticas a la altura de la rodilla. Caminando hacia la parte de atrás de la pastelería le dijo al vendedor de harina: “Cuando estaba en la secundaria Georgia era perezosa. No le interesaba mucho la parte académica. Estudió arte”.

Honey se limpió las manos en una toalla que colgaba de una percha en la puerta. “Arte”, repitió, frunciendo el labio.

Pete desplegó su sonrisa astuta. Sabía que su hija estaría mejor en París, donde tendría que hablar otro idioma.

*

La chica tenía talento. A los dieciséis años, con su cabello muy lacio, los labios con expresión hosca, estaba encorvada sobre un pupitre inclinado en el salón de arte cuando la profesora pasó junto a ella y se detuvo en seco. “¿Has estado haciendo este tipo de trabajo todo el tiempo?”, le preguntó la señorita Nowak.

Georgia se puso furiosa. “Si usted no lo sabe, ¿por qué se lo tengo que decir yo?”.

Durante la entrevista de ingreso a una universidad respondió con la misma brusquedad. A la pregunta, “¿cómo se visualiza usted de aquí a diez años?”, su respuesta fue, “No en un patio colgando ropa. Ni en un club campestre junto a un montón de zorras con dinero”.

La entrevistadora consiguió mantener las cejas inmóviles. “¿No le importa el reconocimiento?”.

Por una vez Georgia se rió. “Ya soy lo suficientemente rica y famosa. Mi familia tiene la mejor pastelería de su condado. Los domingos la fila le da la vuelta a la esquina”.

*

La candidata fue aceptada por la calidad de los trabajos en su carpeta. Uno de los integrantes de la facultad de Bellas Artes —quitándose y poniéndose las gafas— iba pasando las páginas cada vez más lentamente. Luego se giró hacia Georgia. “No hay lugar a duda”, dijo. “Ni la menor duda”. En su tercer año, Georgia fue elegida para una exhibición sin precedentes: una muestra individual de las obras de un estudiante. Llamó a sus padres desde el teléfono público del edificio de Bellas Artes. “Única y exclusivamente esta hija de ustedes”, les dijo, abriendo mucho los ojos, y frunciendo los labios. Para sus adentros, lo único que le sorprendía era el hecho de que la escuela hubiera demostrado tanta sensatez.

Sus grandes cuadros abstractos de colores agresivos y un grupo de pequeños y feroces dibujos figurativos en blanco y negro fueron colgados sin enmarcar en la galería del segundo piso de la Biblioteca Principal. Los padres de Georgia asistieron a la inauguración. Honey se quedó mirando fijamente las obras como un chico demasiado cerca de la jaula del león. Pete no lograba hacer conexión alguna y no se atrevió a intentarlo. Estaba más preocupado en mostrarse lo más garboso posible, con su pelo reseco peinado a un lado sobre su rostro de inmigrante privado del sol, y un traje a cuadros resistente a las arrugas que colgaba de sus hombros cuadrados.

“Estamos muy orgullosos de nuestra hija”, le comentó a un solícito profesor auxiliar, quién a juzgar por su comportamiento podría haber sido contratado para estar siempre a su lado y elogiar la obra, un tipo con aspecto de artista afeminado, alto y escurrido en su desarreglado traje, y quien torpemente también trataba de prestarle atención a Honey.

Una vez finalizada la recepción con champán, y una cena familiar, Georgia rechazó la invitación a pasar la noche en un catre en la habitación del hotel donde se alojaban sus padres. “Ahora estoy demasiada alterada”, dijo. “Voy a dormir mejor en mi dormitorio”.

En lugar de ello durmió, tal y como lo venía haciendo desde hacía un par de meses, en la revolcada cama de Josh Eberling, el profesor de dibujo del natural, quien había estado tan pendiente de sus padres durante la exhibición. Desordenado, poco idóneo como pareja, definitivamente nada afeminado, Josh, de cuarenta años, profesor visitante en la universidad, le había dejado muy en claro a Georgia que todas sus relaciones eran estrictamente geográficas. Georgia le había respondido con una sonrisa de pirata. “¿Tan sólo quieres sexo? ¡Estupendo! Entonces tendré tiempo para pintar”. Su vida en común era un sueño: trementina derramada por el suelo, periódicos aplastados, pisos manchados, un mínimo de comida y el mejor trabajo que Georgia había realizado en toda su vida. El viento de la medianoche les sorprendía corriendo y sin abrigo después de fiestas interminables en las que Josh pontificaba y Georgia acechaba la comida disponible y hablaba sólo cuando le hablaban. Al final del semestre, cuando el sueño llegó a su final, Georgia se limpió las manchas de pintura, se quitó la bandana para el cabello, y arrojó a un lado los zapatos talla cuarenta y dos pertenecientes a Josh que había usado de sandalias. Enjugó sus lágrimas, impaciente, burlándose de sí misma. Josh continuaba hacia otro lado. Al contrario de lo que había proclamado, le pidió que se fuera con él. Pero Georgia se conocía muy bien a sí misma. No venía de una familia de soñadores.

“Somos diferentes”, le dijo. “Tu quieres ser artista. Yo sólo quiero pintar”.

“Como Max Beckmann”.

“No. Como pinto yo, pero igual de buena que Max Beckmann”.

*

Después de terminar con su instructor, y después de terminar con su instrucción, Georgia se puso a pensar en algún lugar adonde ir que no fuera su casa. No tuvo que clavar un alfiler en un mapa. Josh había trabajado en París. Todos los pintores iban a París. Honey y Pete podían sufragar los gastos y le dieron el visto bueno a la idea. Tampoco iba a estar completamente sola en una ciudad extraña. Unos amigos de la pareja tenían primos en París. Y esos primos tenían un hijo soltero de edad cercana a la de ella.

*

La primera carta de Georgia, en la que tercamente se negaba a mostrarse impresionada, mencionaba a un tal Shields, un comerciante de arte, con quién compartió una de las filas del Boeing 747, él en el asiento del pasillo, ella junto a la ventana, desde donde podía observar el cielo nocturno cuando no estaba durmiendo. Sólo empezaron a hablar cuando se prendieron las luces a la hora del desayuno. Él tenía curiosidad por ver las diapositivas que ella traía. “¿Eres primitivista, no?”, dijo sin levantar la vista. “Igual podrías estar pintando en las laderas de un peñasco”. A la hora que el avión aterrizaba en el aeropuerto DeGaulle, Georgia ya había anotado la dirección de la galería y el día y la hora para presentarse allí con algún trabajo reciente.

*

“De diez obras, vendió seis”, le contó Honey a sus clientes sólo un par de meses después. “Obras en papel. Dejan menos que los cuadros pero al menos es un buen comienzo”. Honey, al tiempo que introducía las tarjetas con los nombres de los pasteles de la vitrina, le decía a la vendedora. “¿Ves? Yo también soy creativa”. *Húngara Real* con una cereza glaseada en el centro era la misma torta de ayer, la *Babka Rusa* con nueces en los bordes. Honey se encargaba de los nombres. “Corre por las venas de esta familia”, decía.

*

Georgia se compró una boína y se inscribió en un curso de francés. Su marchante le encontró trabajo como profesora en un liceo a las afueras de la ciudad. Los primos de los amigos resultaron más que amables. Tenían un buen negocio. En uno de sus edificios le encontraron un apartamento, dos habitaciones, sin ascensor, a un precio muy razonable. El hijo soltero, Philippe, era un joven bien parecido al estilo de los personajes del pintor Soutine. Georgia recorrió París cual perro callejero, olisqueando patios interiores y callejuelas, por las riberas del río y los callejones sin salida. Caminaba con la cabeza gacha, las manos en los bolsillos, entrando y saliendo de museos, galerías y casas residenciales que se habían convertido en la historia de sus ocupantes. En algunas ocasiones Philippe la acompañaba, él como turista, ella como la guía. Tenía un cuerpo fuerte, sólido y era casi tan alto como ella en sus nuevas botas de tacones altos. Su tono de voz era melifluido pero su inglés era peor que el francés de ella. Georgia no lograba descifrarlo. Debía dar por ciertas sus palabras.

Sin embargo, estaba dispuesto a detenerse por largo rato enfrente de un cuadro de Cezanne en Provençe o de Gauguin en Brittany, de los interiores angulados de Degas, y a observar con interés colores arbitrarios, formas fracturadas. Georgia descubrió que cuando él se paraba ante un cuadro que le gustaba, extendía los dedos en un gesto de placer infantil. Georgia sentía que su agresividad se desvanecía. Ya no tenía sentido fruncir el ceño o hablar con rudeza, ni había nadie que necesitara saber lo poco que a ella le importaba ser aprobada.

*

En la segunda carta a su tía Grace, Georgia intentó describir a Philippe, pero en su lugar terminó tachando lo escrito y haciendo un boceto en tinta que Grace finalmente decidió enmarcar. Pero antes de recortarlo del papel, lo sostuvo a la luz, esperando encontrar en el muchacho una buena oportunidad para su sobrina, una fulgurante vida de arte y buena compañía. Honey se olió que algo se estaba desarrollando y se apresuró a abordar un avión a Francia, sin olvidar colocarse su anillo de compromiso con un gran diamante y de enfundarse su enorme abrigo de visón. Pete venía con ella, por supuesto, con un nuevo traje oscuro y la expresión judicial en el rostro que empleaba en los momentos en que le ponía un precio a los pedidos para fiestas grandes. La madre de Philippe les dio la bienvenida en la entrada de su apartamento en París, sosteniendo en la curva de su brazo a un diminuto perro —de cabello sedoso y aspecto malhumorado—, el cual entregó con delicadeza a su esposo justo antes de echar a correr escaleras arriba y reaparecer con un anillo que exhibía un diamante más grande que el de Honey.

Georgia, quien siempre estaba buscando formas y colores y la ilusión de profundidad que se podía crear en dos dimensiones, nunca escudriñaba las acciones de las personas. Amaba a sus padres. Los amaba en forma dolorosa. Y el dolor hacía que los amara aún más.

*

Honey, quien deseaba que su pequeña niña fuera como las otras, apenas si tenía una vaga idea de cómo eran las otras niñas. En medio de la bruma mental le pareció ver un piano, razón por la cual compró un piano vertical usado y envió a Georgia a tomar clases con la señora Spillach, quien les daba lecciones a las hijas de todos los médicos. Las niñas que recibían clases de la señora Spillach se reunían una vez al mes en las casas de cada una a ensayar las piezas que tocarían en el recital anual. En cada casa se servían refrescos. “No te dé vergüenza traerlas aquí”, le dijo Honey a Georgia. “Podemos despejar la mesa grande y traer sillas extras de la parte de atrás de la tienda”. Pero el turno de Georgia nunca llegó. “¿A quién le da vergüenza?”, dijo. Una oleada de tono rojizo se extendió por su rostro en rebeldía.

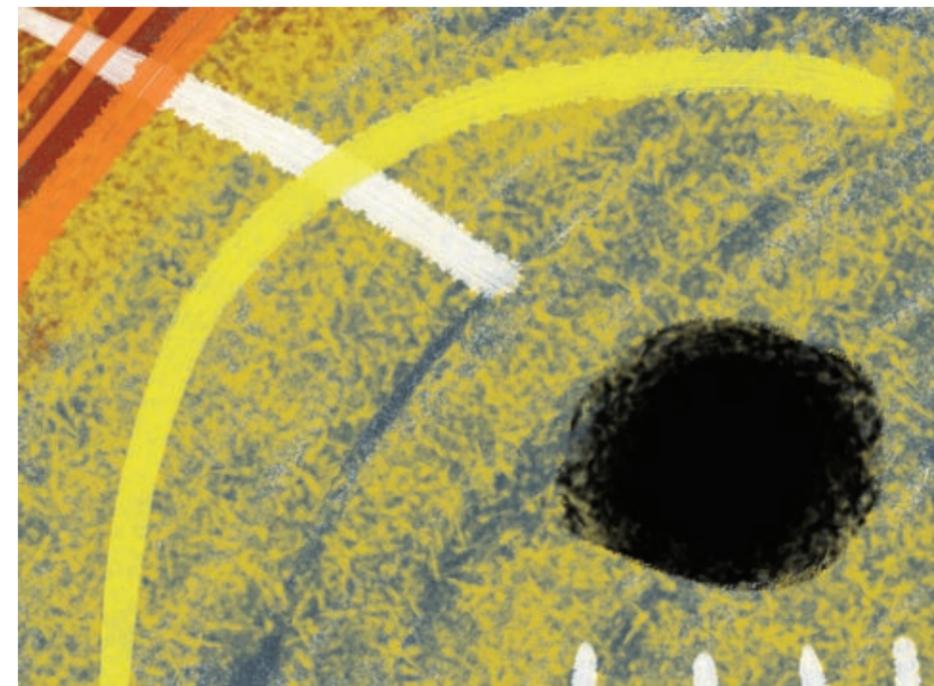
Antes del recital, Honey llevó a Georgia al almacén donde las esposas de los médicos llevaban a comprar a sus hijas y le compró el vestido más costoso del lugar... aunque no tuvo tiempo de acortarlo. El recital tuvo lugar en un auditorio alquilado. Georgia tenía buen oído para escuchar pero no tenía paciencia para aprender. Se dobló sobre un teclado con teclas como dientes de tigre. Oyó risitas a medida que iba aporreando notas mientras la señora Spillach permanecía de pie a su lado, marcando el compás en voz alta. Años después, cuando entre sus manos tuvo los colores —pinceles, espátulas, paletas— se desquitó de esas niñas burlonas, aquellas pequeñas gorilas domesticadas y entrenadas para interpretar a Chopin.

*

Bajo la luz de París, los ojos de Georgia se volvieron del mismo color azul lavado que a menudo se encuentra en los retratos de Renoir, una unión entre el cielo, los techos y los postigos azules de las antiguas casas parisinas. Había desaparecido su caminar encorvado. Llevaba el pecho en alto, a *la française*, aunque en su escuela, donde las clases que impartía se llenaban y había estudiantes en lista de espera, era conocida con entusiasmo como *L'Americaine*. La escuela le dio un estudio para trabajar y ella mantenía contento a Shields con un discreto flujo de acuarelas que se vendían moderadamente bien. Cuando Philippe le pidió que se casaran —al menos eso creyó ella que él le pedía— le pareció que era la oportunidad perfecta para montarse en el tren sin riesgo de descarrilarse. “Él respeta mi trabajo más que yo misma”, escribió en la tercera carta a su tía. Grace se quedó pensando. ¿Significaba esto que a su esposo le importaba más o que a ella le importaba menos?

*

Honey y Pete estaban satisfechos. Un hombre joven, presentable y bien educado. Un negocio familiar. Su hija radiante en un traje de novia de encaje blanco, una capilla llena de flores, en un elegante restaurante francés. (El pastel de bodas, empacado como si fuera una obra de arte, había viajado sano y salvo en el avión). Brindaron con una copa de champán con sus nuevos parientes —primero en inglés, luego en francés—. Se llevaron a casa fotos maravillosas para colocar detrás del mostrador. Se quedaron varios días más después de la boda, escribió Georgia, pero París no los cambió. De hecho, a Grace le pareció que ellos habían cambiado a París.



Ilustraciones Marcela Mejía Escobar

*

Georgia extrañaba la manera propulsiva y trascendental en que hacía el amor Josh Eberling, pero aún más extrañaba la forma en que él la incitaba a competir, y ella intentaba ir más allá de sí misma, intentando aproximarse a él. A su talento. A su ingenio. Philippe actuaba como un esposo, protegiéndola, cubriéndola como con un paraguas negro. La escuela estaba muy lejos, pagaba muy poco, le arrebató demasiado tiempo. Estaba en una parte peligrosa de la ciudad. Philippe le ofreció un lugar para que pudiera trabajar de forma segura. Era un cuarto pequeño pero adecuado, justo al lado del piso de ventas en la fábrica de ropa de la calle Filles de Calvaire, en donde Philippe trabajaba para su padre. Tenía una claraboya. Había espacio suficiente para colgar un lienzo de la pared y que un pintor pudiera dar unos pasos atrás para observarlo, siempre y cuando no fueran muchos pasos. Shields quería exhibir sus óleos, si tan sólo ella pudiera proveerlo de la cantidad necesaria de obras y con el vigor suficiente.

*

No eran más que palabras. Georgia no estaba produciendo obras. Ella quería tomar un giro. No sabía hacia dónde. Bordas más gruesos. Figuras más sueltas. Necesitaba tiempo para tontear, para jugar con materiales diferentes, con ideas. Pero su rabia había desaparecido y no podía soportar la sensación de vacío. No podía perder el tiempo, especialmente cuando estaba utilizando un espacio que podría ser muy bien aprovechado, especialmente en una temporada de ventas tan agitada, donde se podrían acomodar una docena de estantes con pantalones de hombre rebajados a la espera de ser enviados a algún lado.

“Sólo durante la temporada alta”, le prometió Philippe. Luego, la habitación volvería a ser nuevamente suya.

*

El polvo de París es oscuro y pesado. El apartamento estaba cubierto de densos papeles de colgadura, cortinas de terciopelo, y alfombras gruesas, todo lo cual contribuía a retener el espeso polvo de París. Elaborados moldes sobre dinteles y cornisas estaban recubiertos con una capa dorada y en un ángulo en que parecían diseñados específicamente para capturar toda la mugre posible. Los esculpidos y ornados aldabones, pestillos, interruptores y pomos estaban hechos en bronce, que se empañaban en lo que dura un estornudo. El espacio del suelo que no estaba cubierto con alfombra —los corredores, el vestíbulo— era un piso de parquet con cuadrados oscuros y más oscuros, que pretendían dar visos al estilo del palacio de Versalles y que exigían encerado y brillado.

Estaban, es bueno recordarlo, en el centro de la ciudad, no en los barrios de las afueras donde se puede vivir con comodidad. Esta parte de París atesoraba de tal manera su historia que a los propietarios les estaba prohibido instalar un ascensor ya que desvalorizaba la arquitectura del edificio. A Georgia le tocaba llevar al bebé en un brazo, al tiempo que manipulaba el cochecito con la otra mano —afortunadamente uno liviano—mientras descendía las curvilíneas escaleras de caracol de dos elegantes pisos. Empujaba el cochecito hasta la plaza de mercado en la rue de Bretagne, en donde compraba al estilo francés... sopesando la carne, oliendo los quesos, apretando

las frutas, revisando las básculas, contando el cambio. Era una jornada de trabajo pesada para una mujer acostumbrada a estar cuarenta minutos de pie frente a un lienzo, decidiendo dónde trazar la línea del horizonte.

Tras las opacas ventanas de almidonadas crinolinas, y entre ellas y las cortinas de terciopelo, había otra cantidad de cosas que la abrumaban. La puerta del horno se abría sobre una cueva con costras de grasa, la nevera sobre grumos de almíbar y verdes ruinas vegetales. En segundo plano se encontraba una desparramada canasta con ropa sucia, juguetes rotos, revistas sin leer, cartas sin responder. En primer plano, Georgia avanzaba de un día a otro. La cubierta azul brillante de su libro de bocetos únicamente encontraba relación con una camisa de bebé de idéntico tono, con una pequeña T bordada, encima de una pila de ropa en la habitación de atrás.

*

Dos semanas después de dar a luz a Georgia, Honey estaba de vuelta tras el mostrador. Los pedidos continuaron normalmente. Honey conocía a los clientes por su nombre, nunca se olvidaba de preguntar en qué más podía servirles. La pastelería estaba cerca. Ella podía correr a casa cuando tuviera que amamantar al bebé y regresar a tiempo para volver a llenar las bandejas y limpiar las vitrinas, que tan fácilmente se empañaban con la respiración de los clientes cuando se agachaban a escoger sus pasteles.

A Georgia la cuidaron una sucesión de ancianas cojas que agradecían el tener un lugar para dormir y un plato de comida frente a ellas. Estas mujeres, todas llamadas Niñera, estaban recién llegadas de otros países. Hablaban poco inglés. Vestían a Georgia con faldas que le quedaban demasiado largas y nunca la peinaban con moños. Sus maestros quedaban perplejos cuando veían aparecer a semejante criatura marginal en los días festivos con una caja de cartón repleta de los alimentos horneados apropiados para cada ocasión: donas para Halloween, galletas en forma de corazón para el día de San Valentín y así sucesivamente.

Cuando Georgia visitaba la pastelería, podía tomar cualquier cosa que quisiera, incluso el pastel de hojaldre con crema que se guardaba en el congelador. Pero prefería caminar desde la escuela hasta la casa de su tía Grace para tomar leche y comer galletitas de paquete. Cuando tenía once años le preguntó a su tía sobre la menstruación —“la maldición” fue el término que empleó—. La Nanny de aquel año fue la peor hasta entonces —una mujer que se movía enroscándose alrededor de sus adoloridas coyunturas—. Honey la mantuvo un tiempo sólo porque no quería que Georgia regresara a una casa vacía.

*

La llave del apartamento de París era gruesa y pesada. Se requerían de dos giros completos en la cerradura para que la puerta abriera. El dorado espejo de marco que colgaba de la pared del vestíbulo reflejó la cabeza de una mujer: cuello largo, cabello recogido atrás, ojos vidriosos, dos rayones de pintalabios. Georgia no se detenía a mirar. De una vez se encaminaba hacia la cocina, colocaba al bebé en una silla alta y arrojaba los fardos que traía sobre la mesa, sobre una silla, sobre el suelo, y se detenía en seco, todavía preguntándose dónde más colocar cosas. Los closets y alacenas ya se encontraban repletos con productos para el aseo, la mayoría de ellos todavía sin abrir, como si su sola presencia pudiera mantener las cosas en orden.



Philippe entró y se dejó caer en el sillón más hondo y más suave. Había aumentado de peso. Sus labios rojos y llenos se habían hinchado hasta semejar almohadillas de insatisfacción. La cena se había retrasado, pospuesta hasta que Georgia lograra meter al bebé en la cuna y hacerlo dormir. La cena era al estilo francés. Una trucha, ligeramente espolvoreada en harina, salteada en mantequilla con vino blanco y limón. Una porción asada de cordero, delicadamente sazonada; verduras solamente bañadas con aceite de oliva y vinagre. Phillippe acompañaba el pescado con Chablís, y el cordero con Merlot.

Georgia se sirvió, se sentó y comió un poco. “¿De dónde sacaste este queso?”, se quejó Philippe en francés.

“Lo compré en uno de los mejores expendios. Lo probé. Pensé que estaba bueno”.

“Está terrible”.

*

Aquella noche en cama, entre sábanas que deberían haber sido cambiadas muchos días atrás, Georgia se despertó con una pena insoportable. Se deslizó fuera de la cama y caminó de cuarto en cuarto. En la habitación de atrás, donde dormía el bebé, se quedó parada en medio de la pila de ropas y una caja empacada que contenía sus viejos utensilios de pintar. Tomó un libro de bocetos de la caja y lo llevó hasta la cocina. El forro de cubierta azul era de un tamaño muy tentador —más pequeño que el cristal de una ventana y más grande que una camisa de bebé— y el papel de gran calidad apenas lo suficientemente áspero. Todo estaba en blanco excepto las dos primeras páginas. La luz de la cocina era muy tenue pero Georgia sabía lo que allí había dibujado: un bebé acostado y arqueado sobre su barriga. La segunda página contenía varios comienzos interrumpidos, intentos de dibujar la cabeza del bebé, sus manos, sus pies. Los bocetos, hechos con un lápiz de punta fina, estaban bien proporcionados pero carecían de vida. Fracasaban al tratar de replicar la belleza y el vigor de su personaje. Georgia se quedó de pie en medio de la cocina buscando algo que no podía encontrar. Entonces recordó donde tenía guardada una caja de cerillas largas de madera. Abrió el cajón y de inmediato lo cerró. Era hija de Honey. Las escenas dramáticas no hacían parte de su repertorio.

*

La cuarta carta dejó bastante intranquila a Grace. Dirigió la mirada afuera de su ventana, y se quedó pensando un momento antes de volver a leerla. Después decidió caminar hasta

la pastelería. En la parte delantera, pegadas a la caja registradora había tres fotografías del bebé y una de Georgia y su esposo cortando el pastel de bodas. Grace habló con Honey y luego ambas se dirigieron a la parte posterior del local para hablar con Pete. Antes de que la pastelería cerrara esa noche, Pete estaba hablando por teléfono con París. Luego envió un télex para asegurarse que sus palabras fuesen entendidas correctamente. Él y Honey empezaban a envejecer, escribió, y necesitaban más tiempo libre. La pastelería era una mina de oro y fácilmente podía sostener a dos familias.

*

Ahora Georgia trabaja en la parte delantera. Dice que le encanta hacerlo, que la mantiene ocupada. Una niñera rusa excelente se hace cargo del chico y la nueva casa a las afueras de la ciudad prácticamente se limpia sola. Alejado de la cantaleta de su padre, Phillippe ha engordado más, pero se ha vuelto más simpático. Está aprendiendo el oficio de pastelero, pero es Georgia quien decora las tortas. Alegre hasta casi resultar empalagosa, hermosa en su uniforme rosado y su cuadrado delantal blanco, Georgia nunca olvida preguntar, “¿en qué más puedo servirle?” Y tampoco olvida recomendar el especial del día, ya sea la torta Sombra de María Antonieta, a un precio de doce dólares con noventa y cinco centavos, o el nuevo postre San Honoré, a un precio introductorio de diez dólares con setenta y cinco centavos. Georgia decora las vitrinas y coloca todos los letreros que anuncian los especiales, a menudo con llamativas e ingeniosas ilustraciones.

*

En la Florida, Pete y Honey se alegran con los informes que les llegan del Norte. Pete, muy pulcro con su colorida camiseta de polo, le pasa la carta más reciente a Honey, quien está sentada detrás suyo en el pórtico iluminado, con los pies colocados sobre la barandilla. “Nunca pensé que esta chica tuviera madera para el negocio”, dice Pete, lleno de admiración.

Grace está decepcionada. Con todo y lo que le adora pasar tiempo junto a su cariñoso sobrino-nieto, no puede deshacerse de un informe bulto de dolor anidado en algún punto en la parte superior del estómago, una queja que no sabe contra quién dirigir ni cómo clasificar. Como regalo de bienvenida le consiguió a su sobrina una suscripción por dos años para una revista popular llamada *Arte en América*. Con el tiempo, se dice Grace a sí misma, Georgia regresará a su verdadero trabajo. ■

Rolaine Hochstein © 2009

Es una de las más importantes cuentistas de la literatura norteamericana actual. Ha publicado infinidad de crónicas de viaje, textos humorísticos y perfiles de personajes famosos en revistas como *Good Housekeeping*, *Cosmopolitan*, *Parents*, *Ms.* y *Glamour*. Además de sus novelas: *Stepping Out* y *Table 47*, algunos de sus relatos han sido incluidos en antologías y seleccionados para los premios de narrativa Pushcart Prize y en la recopilación anual *Best American Short Stories* (los mejores cuentos norteamericanos). Ha publicado en revistas literarias como *Antioch Review*, *Confrontation*, *Kansas Quarterly* y *Prairie*. Y hace muy poco, recibió la noticia de que su cuento “A virtuous woman” había recibido el primer premio en el concurso anual convocado por Glimmer Train.